

XIII FORO DE ANALISIS POLÍTICO

LUCES Y SOMBRAS EN VEINTICINCO AÑOS DE DEMOCRACIA EN BOLIVIA

Julio Aliaga Lairana
27 de septiembre de 2007

Sobre el objeto de esta conferencia:

¡Ah, la democracia! Primero aclararé de que estamos hablando, luego explicaré desde qué punto de vista miro, describo y entiendo este asunto, para luego entrar en tema.

Sintetizaré **democracia** como el sistema de gobierno de origen occidental, perfeccionado en la Grecia clásica como el gobierno de las mayorías en beneficio de las mayorías, ampliado en la República Romana, enriquecido por la doctrina cristiana que tuvo a bien sentar los principios de la separación entre política y religión. Siglos después, pasado el tamiz de la ilustración y de la revolución francesas, es un sistema de gobierno que adquiere legitimidad, fruto del voto ciudadano universal e igualitario, que divide y autonomiza los poderes que lo constituyen, permitiendo y garantizando un equilibrio permanente entre ellos. Desde su versión anglosajona, también es un sistema de gobierno basado en instituciones estables y en el respeto colectivo al sistema jurídico que lo sustenta.

Otra característica importante, es que se trata del sistema que ha permitido el desarrollo económico moderno y global, capitalista y de mercado, más o menos inequitativo de acuerdo al país del que se trate, pero que está a la base del salto de la humanidad al mundo del conocimiento y el intercambio de productos comerciales, industriales, políticos y culturales, que prefiguran una aldea global, cuyo desarrollo e institucionalidad supranacional está garantizando un tipo de calidad de vida y un creciente nivel de consumo (no sé si será vivir bien, pero ya quisiéramos los bolivianos una décima parte de esas posibilidades de vida). No hay país que haya logrado altos niveles de desarrollo que no sea democrático, en el sentido en que se ha descrito.

En este trabajo, cuando se menciona la palabrea **democracia** nos estamos refiriendo a la democracia representativa; cualquier intento de hablar de otra cosa está fuera de contexto. Las acepciones de democracia directa, popular, participativa u otras, pueden matizar el concepto, que es uno y claro: multipartidaria, representativa; es la democracia realmente existente.

Las cosas son según se miran:

Si un geólogo estudia una roca, puede utilizar las fotos de un satélite, puede tener la roca en sus manos y manipularla, puede estudiar en un laboratorio y hallar sus componentes; en cada uno de los casos dirá cosas diferentes, así se trate de la misma roca. Para los fines de esta charla yo prefiero las fotos del satélite.

Voy a presentar el objeto 25 años de democracia en Bolivia mirando el mundo desde lejos, no encerrado en una covacha, encerrada en un pueblo, encerrado a su vez por una cadena de inexpugnables montañas. Igualmente con el tiempo, porque los pueblos son lentos construyendo sus historias, no quiero leer los veinticinco años desde dentro, que es desde cuando nos tocó vivir a todos los presente, sino desde la memoria de nuestros abuelos y las expectativas de nuestros hijos; observando este momento como parte de un ciclo largo, lo suficientemente largo que nos permita comprenderlo.

No puede uno resignarse al ver a tanto político suelto de cuerpo, tanto analista recién promocionado, inclusive algunos amigos, que contemplan el presente como parte de una nueva era, iniciada con la llegada al gobierno de nuestro actual presidente. Allí empezó la creación, antes era solo el verbo, que se hizo carne y vino a gobernar entre nosotros. Prefiero algo más de cautela y mansedumbre, prefiero leer esta parte de la historia en la Guerra del Chaco, seguir con la Revolución Nacional, la Conquista Democrática, para llegar al ahora, en un continuum, al que necesito agregar algunos escenarios posibles a futuro, que me permitan juzgar y entender 25 cortos años de democracia realmente existente.

La democracia boliviana es parte de un proceso inconcluso de construcción de la nación, que debe culminar algún día y de alguna manera, aunque ahora estemos en el mundo de la globalización, en la época de las no-naciones. En ese proceso inconcluso confluyeron varios subprocesos –qué fea palabra– el de construcción nacional es uno, el de descolonización es otro, el de ciudadanización en democracia es uno diferente, lo mismo que el de urbanización y modernización, de transculturización y mestizaje, de creación de identidades regionales o étnico-

culturales. Tengo la impresión que esos subprocesos que debieron desarrollarse en una misma dirección, amparados en la dinámica de construcción de un Estado Nacional, crecieron deformados por separado o deformándose unos a otros en su imposibilidad de integración; asumirlos así, separados y contradictorios, es tarea del momento: los procesos naciones en los países no-naciones.

Tal vez debiéramos especular sobre la solución a la crisis de Estado que nos atinge, mirando la post-nación como parte de un todo más grande y más complejo, donde se bailan salsa, rock y cueca al mismo tiempo, donde se habla indistintamente en castellano, portugués e inglés, donde se invierte en boliviano, en chileno o europeo, se cosecha en cruceño, en andino o tarijeño, y se vende en japonés.

HACE VEINTICINCO AÑOS:

La Revolución de 1952 sentó las bases del estado moderno, entre otras cosas, incorporando a los bolivianos en su calidad de electores al voto universal, pero no pudo construir una verdadera democracia multipartidaria al mantener en su seno un resabio autoritario, típico del populismo latinoamericano, que para ese entonces sostenía la necesidad de impulsar desde el Estado un proceso de sustitución de importaciones e industrialización hacia adentro, que predicaba Raúl Prebisch con gran éxito desde la CEPAL. De la misma manera se optó en Bolivia por la marcha hacia el oriente, buscando expandir la frontera agrícola hacia Santa Cruz, con gran éxito, vistos los resultados.

Para alcanzar estos objetivos era necesario un Estado fuerte, con capacidad de concentrar y utilizar por si mismo el excedente de la minería recientemente nacionalizada, lo que no permitiría un espacio libre y abierto para el ejercicio liberal de la política. Es de todos conocido y hay vasta producción literaria respecto a los abusos cometidos en esa época, con el objetivo de alcanzar las metas propuestas, lo que consolidó una mentalidad hegemónica que reivindicaba el poder de un partido único e invencible; ideal que fue reforzado por la reproducción del modelo priista mexicano y la consolidación de la Revolución Cubana algunos años después. Ese concepto poco democrático si no antidemocrático en esencia, continúa vivo en la mentalidad de una enorme cantidad de dirigentes, militantes y activistas del populismo boliviano.

Como la Revolución Nacional boliviana no pudo resolver la dispersión de los procesos que ella misma había generado, como los problemas de inclusión indígena (se veía la inclusión de los indios como integración de productores

campesinos y no como a un grupo culturalmente distinto, con el que había que convivir de igual a igual) o la construcción desde arriba de un poderoso sindicalismo obrero único (en realidad minero), que concluyó contra-hegemónico al Estado central empleador y explotador, recuperando las banderas del socialismo realmente existente, soviético, chino o cubano, o del anarco sindicalismo que ya tenía raíces en nuestro país, creando así una cultura sindical que se sitúa a horcajadas entre el sindicalismo y la política; o la fuerza de las regiones, que fueron cobrando identidad tras sus reivindicaciones, contra el centralismo tajante de la época. Llegó un momento en el que las elecciones amañadas y fraudulentas no sirvieron ya para reproducir legítimamente el poder del MNR en el gobierno y la autoridad de una élite partidaria corrupta, y se tuvo que recurrir al autoritarismo militar de los comandos emenerritas del propio ejército, que instauraron varios años de dictaduras, para mantener el modelo de capitalismo de Estado que se creía imprescindible para el desarrollo nacional.

Ese único proceso –en su forma civil o en su forma militar– fue posible también gracias a una alianza entre las élites del poder político y el militar con la dirigencia sindical de los campesinos, cuya organización fue impulsada desde los aparatos estatales (seguramente con el objetivo final de su integración productiva), por encima de la organización tradicional indígena, que se mantuvo vigente y fue sostenida desde una práctica cultural subterránea, que sacralizó rasgos culturales premodernos de las sociedades agrarias, lo que dio lugar al mito posterior de la “nación clandestina”. Este hecho es muy importante de tenerse en cuenta, porque una vez rota la alianza entre el poder y los sindicatos agrarios, estos se refugiaron en sus orígenes y la fusión entre formulas ancestrales de mando y cultura de dominio sindical a la boliviana (ambas expresiones predemocráticas), otorgaron identidad política e ideológica a los grupos indígenas marginados del proceso de formación estatal y construcción nacional. Esas son raíces de lo que conocemos hoy como Movimiento al Socialismo.

El 10 de octubre de 1982, fueron desplazados del gobierno los militares, junto al bloque de poder que pervivió mientras el crecimiento del excedente y del PIB permitieron la cooptación económica de las élites de ese momento. Quienes llegaron a sustituirlos lo hicieron constituidos en un bloque de poder alternativo, hacia cuyo centro confluyeron sectores de clases medias descontentos, parte de las élites gobernantes descontentas también por la crisis económica que se avecinaba, y, cómo no, los descontentos de abajo, los que estaban y siguen excluidos, los obreros y campesinos, unidos en ese entonces por la pobreza, intentando construir una conciencia común de clases explotadas y responder, en consecuencia, con una alternativa de izquierda, nacional y democrática, correspondiente a ese momento.

He sostenido siempre (en línea con el sociólogo belga Guy Baijot, alineado a su vez en la escuela interpretativa de América Latina abierta por Alain Tourene) que en los países en vías de desarrollo, todo bloque de poder alternativo se constituye alrededor de un espacio de convergencia de los “descontentos de arriba con los descontentos de abajo”, portadores cada cual de sus propias demandas, que son siempre la institucionalización, la eficiencia y la modernización –discurso de los de arriba–, junto a la participación, la justicia social y la igualdad –discurso de los de abajo–; ambos grupos articulan un discurso común, no permanente, que contiene todas esas reivindicaciones, más aquellas otras que hacen a la coyuntura: en este caso particular, al final de la década de los 70, la democracia.

Aprovechando el acápite abriré un paréntesis y diré que por este motivo el MAS no es un bloque de poder alternativo, porque no concentra el descontento confluyente de los de arriba y de los de abajo, sino que viene solo desde abajo y cuando llega se desprende con facilidad de los de arriba y queda incompleto en cuanto bloque alternativo de poder. Cierro paréntesis.

Si la lucha por la hegemonía en el bloque de poder se produce antes de la conquista del poder, es muy probable la derrota y la frustración del proyecto, porque el bloque no llegue a constituirse, se divida o se atomice. Si la lucha por la hegemonía en el bloque se produce después de la conquista del poder, el proceso tomará uno u otro rumbos: si terminan mandando los de arriba es posible una mutación del proyecto, retomando formas y defectos contra los cuales se peleaba; si terminan mandando los de abajo es probable que la radicalización del proceso conduzca a vías violentas de consolidación revolucionaria o de retroceso contrarrevolucionario, también violento; la garantía de un proceso sostenido de cambio e institucionalización del mismo depende, desde este concepto, de la capacidad para mantener un equilibrio concertado entre las fuerzas, de arriba y de bajo, que conforman el nuevo bloque de poder en el poder.

Desde ese punto de vista, en el caso boliviano, el MNR de 1952 fue la cabeza de un proceso de mutación. En los últimos 25 años de democracia se vivió una segunda mutación, alrededor de un pacto entre las élites de tres partidos políticos; ese pacto tuvo la ventaja de construir instituciones verazmente democráticas y sentar las bases de una naciente cultura ciudadana. Si las cosas van en la dirección que describo, ahora el MAS es la cabeza de una nueva frustración, que se debate entre mutar otra vez, o dispararse en nombre de la revolución, en una estampida étnica de incalculables consecuencias. En ninguno de los tres casos y momentos fue posible un proceso sostenido de transformaciones y cambios, que hicieran a los intereses convergentes de los actores involucrados.

LA SEGUNDA MUTACIÓN

Cuando en 1982, Don Hernán Siles Zuazo asumió el gobierno de la nación, habían transcurrido tres elecciones frustradas, una tras otra, aunque el Frente Democrático y Popular las había ganado todas. Recordemos que se vivió un cierto temor entre los sectores dominantes —el establishment de entonces— que le atribuyó a la UDP todos los peligros y males, como muchos hacen ahora con el MAS. Tres victorias consecutivas eran suficientemente fuertes como para alcanzar un nivel de legitimidad tal que nadie podía oponerse a la llegada al gobierno de este grupo de peligrosos revolucionarios, todos juntos y todos mezclados. La UDP, el frente de Unidad Democrática y Popular era una sopa de letras donde estaban todos, revueltos y mezclados, salvo el Partido Socialista de Marcelo Quiroga Santa Cruz.

Pero quienes habían llegado al gobierno no eran los indios, o las mujeres, sino los hijos y nietos de la Revolución de 1952, cuya constelación de relaciones e influencias habría de ser determinantes para la estructuración de un renovado establishment, alrededor de aspiraciones de crecimiento económico y desarrollo burgués. Esa es —yo diría— la primera sombra del proceso de mutación que empañó los 25 años de democracia de manera sustantiva. Una cadena de relaciones empresariales, financieras, sociales y familiares, se puso en movimiento, lentamente, pero en movimiento.

El tamiz estuvo dado por dos acontecimientos concurrentes, el uno nacional, que fue la nueva política económica expresada en el Decreto Supremo Nr. 21060, vigente hasta el día de hoy, porque modeló estructuralmente el sistema económico, bajo la premisa de frenar la desorganización y el pandemónium de la hiperinflación, haciéndolo concordante con las tendencias neoliberales que empezaban a cobrar fuerzas desde las universidades norteamericanas y que se convirtieron en realidad desde el arribo de Ronald Reagan a la Presidencia del país más poderoso del mundo. El más poderoso, sin lugar a dudas en ese momento, porque el segundo acontecimiento fue la caída del Muro de Berlín y el desplome del bloque soviético y del socialismo realmente como existió, que arrastraron detrás suyo a millones de sus seguidores en el planeta entero. En la política boliviana, tales acontecimientos se dieron en cuatro años cruciales de la construcción de la democracia, entre 1985 y 1989. Pasado ese periodo estuvo todo consumado.

Quienes sobrevivieron al impacto de ambas reformas fueron aquellos partidos, organizaciones y líderes que tuvieron capacidad de adaptación; se adaptaron al discurso único imperante que era fundamentalista, de mercado libre, privatizador, altamente concentrador de riquezas y neoliberal, como nos gusta etiquetarlo ahora. En términos sociológicos esa adaptación estuvo ligada a la promoción de liderazgos de hombres (no mujeres) blancos adultos, hispanoparlantes, económicamente bien acomodados y con ganas de crecer mucho más. El resto de los participantes en el primer empujón a la democracia boliviana se fueron retirando poco a poco, hasta que el núcleo duro se quedó solo; en ese sentido es que se puede hablar de una verdadera oligarquía política (como la describe Robert Michels en su “ley de hierro”) que terminó involucrando al conjunto de la dirigencia dentro de los llamados “partidos político tradicionales”. Con una diferencia, en la descripción de Michels el desplazamiento de los objetivos de gobierno de las élites se da hacia los intereses de las burocracias partidarios; en nuestro caso, el desplazamiento se produjo hacia los intereses de una élite supra partidaria que terminó dominando y constituyendo los aparatos sin burocratizarlos; es por eso que podemos entender como los partidos no pudieron tomar conciencia de su propia precariedad y posterior destrucción, manteniéndose pasivos, sin hacer caso a las voces que advertían el peligro, porque eran incapaces de verlo, encerrados como estaban sobre sí mismos.

Como parte de ese proceso de oligarquización de los partidos (que tuvo como contestación interna la ley de partidos políticos aprobada, modificada y nunca cumplida en su totalidad) llegó la segunda sombra de los 25 años de democracia en Bolivia, que a mi parecer es la más oscura de todas: las instituciones políticas, que terminaron en gran medida al servicio de esa oligarquía familiar y empresarial que las gobernaba, fueron adoptando y adaptando sus estructuras, sus sistemas internos, su morfología y el entramado de relaciones entre ellas, a las necesidades de los gobernantes; es decir, se fueron cerrando sobre si mismas e iniciaron un lento proceso de institucionalización que llevaba el sello excluyente de esa realidad en la que se desarrollaron, sin olvidar que dicho proceso estuvo también vinculado a la necesidad de modernizar y hacer más eficiente el funcionamiento de las instituciones democráticas del Estado.

La institucionalidad democrática se construyó al influjo de los intereses de estos grupos que dominaban la política, bajo la concepción de ellos, y se cerró en ese círculo, evitando que otros sectores participaran en este proceso, por lo que el Estado se volvió una cosa cada día más lejana, extraña a las dinámicas sociales cada vez más subterráneas y distintas a esa unión de élites dirigentes de los partidos y grupos, las que aprendieron a trabajar juntas y generaron una

conciencia de sus intereses comunes, que se contraponía con los intereses de quienes decían representar.

De esa manera, lo que sucedía abajo, en la sociedad, eran prácticamente invisibles para los de arriba. Recuerdo por ejemplo que en la Universidad Nuestra Señora de La Paz, en la carrera de Ciencias Políticas, organizamos con Marcelo Varnoux, ahora presidente de la Asociación Boliviana de Ciencia Política, unos seminarios; allí, magistralmente Huascar Cajías de la Vega postuló un trabajo sobre el creciente y peligroso desarrollo del racismo en Bolivia, oculto bajo discursos regionalistas e indigenistas; pero los dirigentes y las autoridades de las instituciones políticas se negaban, no a comprenderlo, sino siquiera a escucharlo. Nos decían que era una exageración y que las diferencias en esta parte del mundo no eran raciales ni culturales, sino económicas.

He venido repitiendo la idea y la he escuchado también en otros sitios, que este problema de crecimiento distorsionado de la institucionalidad fue lo peor que le sucedió a la democracia en Bolivia, porque se construyeron aparatos estatales e instituciones políticas incapaces de incorporar en su seno las dinámicas sociales emergentes, fruto de 25 años de libertad y democracia. Salvo escasas excepciones, como en el caso de las mujeres, que lograron la aprobación de la ley de cuotas, que abrió obligatoriamente las puertas del Parlamento Nacional a un tercio de mujeres y produjo una emulación positiva hacia abajo, ningún otro grupo o sector que reclamaba su inclusión en los partidos políticos, o con los grupos de presión con influencia en el Estado, o en las instituciones encargadas de administrar la representación política en nuestro país, pudo romper el cerco cerrado de la oligarquía política gobernante.

Una aclaración muy importante, este proceso no hubiera podido consolidarse sin el apoyo directo de una mayoría de la sociedad que se expresaba cada vez más libremente en cada una de las elecciones nacionales y municipales que se seguían una tras otra. Es importante insistir y recordar que, por ejemplo en 1985, más de los dos tercios de los votos se concentraron en los tres partidos que habrían de dominar durante los 25 años todo el proceso, ADN, MNR y MIR, en ese orden. Y que en 1989 fueron MNR, ADN y MIR, en ese orden. Y que en 1993 el Sánchez de Lozada de la capitalización no llegó al gobierno por arte de magia, si no que ganó contundentemente las elecciones acercándose a un 40% de la votación total, y que se volvió a reproducir el fenómeno, donde las fuerzas para ese entonces conservadoras, habrían de repetir ese dos tercios casi inamovible que le garantizaba no solamente una alianza gubernamental entre dos, sino la cabeza de la oposición parlamentaria, con el uno excluido.

Pero a mayor hegemonía, mayor cerrazón institucional, mayor exclusión, y peor escucha. Este fue el motivo de la emergencia de poderosas corrientes no democráticas en el seno mismo del proceso democrático. Allí estuvo el caldo de cultivo para poder hacer política contra la política. Aparecieron entonces dirigentes que podían crecer echándole la culpa a la democracia y a la política en democracia de todos los males, porque se habían creado las bases subjetivas (como diría un aprendiz de leninista, ahora que están nuevamente de moda) para que la gente se lo creyera.

En otras circunstancias hubiera sido imposible la emergencia de liderazgos como Palenque, Max Fernández y otros de ese estilo, incluido el actual Presidente Morales, que gusta de repetir (y la gente se lo cree viniendo de quien viene) que no solo los intelectuales o profesionales pueden llegar a ser presidentes (sic) sino que los indígenas también. Cuando lo correcto sería no hacer esta separación, como si el ser indígena fuera contrario con ser profesional o intelectual, menos aún en nuestro país, donde desde hace cincuenta años que se abrieron las universidades al pueblo (para constatarlo podemos dar una vuelta por el atrio de San Andrés en cualquier momento) y se universalizó la educación. Otro es el tema de que nuestro presidente tenga un bajo nivel de formación y otro, distinto, es el que explica cómo un ser humano de esas características llegó a ser Presidente.

Lo digo desde una percepción positiva, que hace a la capacidad de la democracia boliviana, que permitió que en diez años un partido recién organizado pudiera convertirse en el más importante, derrotar a feroces adversarios y colocar en Palacio a uno de los excluidos como Jefe de Estado. Y no es el único caso, aunque hay algunos menos evidentes, pero el Movimiento Sin Miedo, por ejemplo, se organizó en muy poco tiempo y logró ganar la Alcaldía paceña sin mucho recorrido por atrás.

Por lo tanto, nuestra democracia de 25 años es un sistema de libertades que construyó instituciones políticas cerradas, pero no evitó la emergencia de otras nuevas que expresaran a los descontentos desde abajo. Esto es una ventaja, porque permite transitar a las nuevas élites hacia espacios de influencia real, pero tiene la desventaja de que no permite la existencia de estructuras que transmitan la memoria política desde unas a otras en el tiempo, Uno no sabe quienes son, ni qué quieren, ni lo que harán los que llegan con un partidito político que tiene cinco años de existencia, votar por estos líderes y partidos es un albur para cualquier sociedad.

Los chilenos, acá al lado tienen partidos que viven décadas, o los argentinos y los brasileños, que tiene partidos más jóvenes, pero que cuentan con historia y

tradición. Para qué decir de los países desarrollados, los europeos por ejemplo, que tienen partidos centenarios, con los que la sociedad sabe a qué atenerse.

Cuando los españoles votan socialista saben de qué se trata, porque el PSOE tiene más de cien años y estuvo en todas (incluidos los 40 años de ilegalidad durante el franquismo) e hizo siempre lo mismo; de esa manera, cuando Rodríguez Zapatero llega a la Presidencia del gobierno y hace lo que está haciendo, no hay ningún español que se declare sorprendido. La democracia boliviana no tuvo ni tiene ahora esa oportunidad, si se votaba por el MIR el año 1986 o el 89, en realidad nadie sabía a quienes estaba eligiendo; o cuando el 2005 la mayoría votó por el MAS, tampoco sabía muy bien a quienes estaba eligiendo, ni lo que puede pasar.

En 25 años la democracia boliviana tenía que haber logrado este requisito para todo sistema de movilidad de élites: la capacidad de construir y transmitir su propia memoria. El MIR llegó al gobierno y Jaime Paz decía cada cinco minutos que se decidían y hacían las cosas por primera vez en la historia y, por ejemplo yo, que militaba en ese partido, me lo creía de verdad. Como ahora sucede con el MAS, que publicita sus logros como únicos y primeros en la historia, cuando en realidad esas cosas se han venido haciendo desde siempre, pero como esa gente estaba fuera del sistema, no tiene conocimiento, no sabe qué se hacía y viene también ahora a descubrir la pólvora.

Discursos tan faltos de sentido y conocimiento, como el que nos hace creer que la descolonización empezó en Bolivia con el MAS, son un claro ejemplo, que permiten que una importante cantidad de activistas políticos, dentro y fuera del MAS crean ciegamente en esto, lo que los lleva a pensar que están encabezando un proceso revolucionario que va a refundar el país desde sus cimientos; cuando este nuestro país de todos los días tiene ya largos cimientos, fundados hace van a ser dos siglos. Creo haber explicado con claridad las raíces de las organizaciones que hicieron política contra la política, gracias a la democracia y en la democracia, que llegaron por eso con otra memoria traída desde fuera del sistema. Como no hay estructuras que retenga la memoria política colectiva y la transmita y la reproduzca, podemos recrear momentos como este, donde debemos preguntarnos otra vez, qué posibilidades tenemos de seguir adelante como país, si lo estamos refundando cada rato, y vuelta a empezar desde cero.

Resumo. Uno: incapacidad de las instituciones políticas para incorporar a los movimientos emergentes desde la sociedad civil y desde la sociedad a secas. Dos: inexistencia de un sistema que permita retener la memoria política y por lo tanto contar con una sola explicación colectiva de la realidad, que retenga y ponga

límites no solo a los discursos y propuestas, sino también en la práctica, a las decisiones, cuando toque gobernar.

Un detalle, no pequeño que nos falta: la reforma económica fue paralela a la recuperación y consolidación de la democracia. El ajuste estructural en las economías del mundo, la integración y liberalización de mercados supranacionales, la marginación de los estados y de su influencia de las decisiones sobre los mercados nacionales y globales, las políticas monetaristas para el control de la masa monetaria en el mundo (salvo el dólar) encabezada por bancos centrales independientes, en fin, las reformas conocidas como neoliberales, se hicieron y se impusieron en el mundo entero, mientras Bolivia hacía su democracia.

No fue difícil confundir las ventajas alcanzadas por las reformas democráticas con los problemas que traía la reforma estructural en la economía. Una Corte Electoral verazmente independiente que garantiza elecciones transparentes, la separación y equilibrio de poderes en camino de ser una pronta realidad, la evidencia de una justicia que inicia su proceso de transformación e independencia, una defensoría del pueblo funcionando, la autonomía municipal y nuevas formas locales de control social, la distribución de los ingresos de manera proporcional a la concentración poblacional y a sus necesidades, todas esas cosas y otras muchas podrían servir y sirven ayer, ahora y mañana, para hacernos una sociedad más justa, más equitativa, más participativa, mejor institucionalizada; más democrática. Pero no fue entendida así, sino que sobresalieron los rasgos de la reforma estructural en la economía y la democracia devino en más desigualdad, concentración de riquezas, exclusión, injusticia de los más blancos sobre los más indios, pobreza sin límites y niveles de vida infrahumanos.

Si no hubieron instituciones políticas permeables sino cerradas sobre si mismas; si no hubieron posibilidades de construir y reproducir una memoria colectiva que explique estos procesos entre todos y para todos, si se hizo política contra la política para legitimar los nuevos liderazgos; si los movimientos emergentes estuvieron dirigidos por personalidades con un déficit de formación evidente y que carecen por ello de instrumentos idóneos para internalizar y comprender una realidad cada día más compleja; es absolutamente explicable lo que está pasando.

Por eso los paceños creemos que defendemos nuestros intereses cuando decidimos que no vamos a permitir que se discuta el problema de la capitalidad en ningún momento, en la Asamblea Constituyente, y si se discute vamos a ir y la vamos a desconocer y la vamos a cerrar, y si no se puede y llegamos a un

referéndum sobre este tema y perdemos, entonces no vamos a respetar los resultados del referéndum, porque la sede no se cede. Y los cruceños igual, que si se quieren tocar las tierras, o no se va a decidir el estatus de las autonomías como ellos quieren, entonces vamos a hacer dos países, porque eso de uno solo durante 185 años y muriéndonos de hambre como collas, no es un buen negocio. Y los chuquisaqueños, que o se discute el tema o no se reúnen y los quemamos a todos dentro del Gran Mariscal. Y los indígenas, que vamos a ir cien mil a romperles la madre a quienes se opongan a nuestra prédica, porque quienes sino nosotros hemos peleado por la asamblea y eso la obliga a decidir lo que nosotros queremos. Y así hasta el infinito, incluyendo a la propia Presidenta de la Asamblea que dice ser una ciudadana excepcional, porque a su altura no alcanza el brazo de la justicia y no va a cumplir lo que manda la Corte Superior en el departamento.

Ese es el estado de la situación en nuestra democracia de 25 años. Eso nos trae a la coyuntura. Un poquito, para finalizar.

Otra vez las fuerzas en pugna tienden a enfrentarse en esta pelea sin resolución histórica. Es lo que el actual Vicepresidente llamó en empate catastrófico, que sigue siendo empate, porque está claro que ninguno de los polos puede vencer o imponer sus designios al otro, en este momento.

Los dirigentes del MAS pensaron que la victoria del 54% era suficiente para darles el privilegio de una ventaja histórica, pero no se pudo, ni se va a poder, porque hay medio país que lo va a impedir definitivamente, no se trata ya de la Media Luna, ahora es una luna en su periodo de Cuarto Creciente, o si le hacemos caso a las encuestas últimas, como la de MORI, se trata de siete contra dos y que como ya predijimos hace meses, el departamento de La Paz se va quedando solo en esta pelea. Pero desde el otro lado pasa algo parecido, las fuerzas que encabezan el bando del Cuarto Creciente, que son restauradoras del viejo régimen, no pueden imponerle al país su voluntad de volver a poner las cosas como estaban antes, porque hay otro medio país que se lo vamos a impedir.

Por lo tanto ha llegado el momento de la concertación o la guerra. Entiéndaseme bien, concertación o guerra a la boliviana –digo–, ni con instituciones formales dedicadas a conseguir la concertación, ni con ejércitos regulares divididos y dispuestos a la guerra. Ya que la Constituyente está prácticamente muerta, el Parlamento desprestigiado, el Poder Judicial cuestionado e impedido de intervenir y el Gobierno Nacional ni se diga, como parte de una parte, enclavado en la altiplanicie aimara y cada vez menos regiones le hacen caso, tendrá que volver la santa madre iglesia, o el ejercito, que juntos a unos y a otros, sentemos en la mesa de negociación a los más importantes, en busca de una solución por encima

de las instituciones, como en Bolivia ha sido muchas veces. Atemperando una salida que no guste a ninguno, no contente a nadie, pero apasigüe los ánimos de todos. Momentáneamente. Calculo, para no equivocarme, que esto va a suceder dentro de un año. Mientras tanto seguiremos nomás en esta champa-guerra de todos los días, hasta que nos convenzamos de que no hay otra salida.

Esto quiere decir que el proyecto restaurador que viene desde oriente es inviable y hay que aclarárselo a la gente de Santa Cruz y del Cuarto Creciente. Pero también quiere decir que el proyecto del MAS está clausurado, que tampoco tiene viabilidad y que lo hicieron tan mal, pero tan mal, que un año y medio después del juramento que abría las puertas de una nueva historia, el proyecto está entrampado en un callejón sin salida y sin retorno. Evo Morales puede durar cinco años, diez años, pero el proyecto Morales está roto.

Y este es el fruto más interesante de 25 años de libertad y democracia: existe en Bolivia, por fin, una base sociológica real para la construcción de un proyecto alternativo y viable, contrapuesto a estas dos polaridades en pugna. Esa base sociológica, urbana, moderna, transculturalizada y abierta al mundo desde su propia identidad, es tan real como una piedra, se puede tocar. Sobre esa piedra se edificará el Estado Nacional Autonomico, Pluricultural e Incluyente del próximo futuro, que no es sino la continuación-culminación de un proceso complicado de construcción de un país que puede llegar a ser plurinacional. Porque, como sostiene la teoría con la que trabajo, el Bloque de Poder que llegue a construir la parte de la historia que nos falta por hacer en el futuro, solo puede contener las demandas de los unos y de los otros.

Bolivia no puede pretender una Constitución liberal, vistos los resultados. Pero tampoco puede pretender una Constitución comunitarista como pretenden los otros. Lo que Bolivia debe pretender es darle a cada quien un poquito de lo que quiere, de lo que reclama como suyo. En el mundo global de las post-naciones, es posible que cada quien construya y consolide una parte de lo suyo. Por eso repetiré la consigna de cada día:

“Existe un tercer camino por el que pueden transcurrir el pueblo y su soberanía, para dotar al mercado de aquello que precisamente carece: solidaridad, equidad, redistribución, equilibrio, justicia social; al sistema político lo que aún le falta: eficiencia, representatividad, ciudadanía, participación; a la sociedad, la capacidad de convivir digna y solidariamente, fruto de una urgente reforma de nuestros valores y costumbres predemocráticos; y devolverle al Estado un rol predominante y comprometido con ese tipo de desarrollo integral en beneficio del pueblo y las mayorías.

Otros temas también son ineludibles si queremos sobrevivir como nación y como sociedad: la corrupción, la mediocridad y la ignorancia, son asuntos que deben ser abordados con franqueza y valentía, dejando de lado hipocresías vanas que nos impiden mirarnos a nosotros mismos y cambiar en consecuencia. Para salir adelante, para igualar a los pueblos que nos aventajan, asimilemos sus ejemplos: educación, educación, educación y más educación.”

Y como en política vale más lo que se hace que aquello que se dice, vamos a ponernos manos a la obra.